



El Fogón

Periódico criollo ilustrado

ÚNICO EN SU GÉNERO

FUNDADO EL AÑO 1893

93

APARECE LOS DÍAS 7, 15, 22 Y 30 DE CADA MES

Director:

Alcides De-María



Administrador:

Enrique De-María



Redacción y Administración:

CALLE VÁZQUEZ, 106

MONTEVIDEO

Agente general en Buenos Aires: Justiniano Corporales = Cangallo, 1181

PASTA AUSTRALIANA
CONTRA
LA MANQUERA

Remedio eficaz y de maravillosos resultados para curar la **Manquera** ó enfermedad del pie del **carnero**.

En pocos días se obtiene una cura completa.

La Pasta Australiana es eficaz para las siguientes enfermedades del caballo: **Mataduras**, rebeldes á todos los remedios, **Heridas agusanadas**, **Basteras**, **Ulceras** producidas por el recado, arreo, etc., **Erisipela**, **Torceduras**, **Heridas de la cruz**.

Remedio barato y de fácil aplicación

DEPÓSITOS GENERALES

Montevideo: **ARMANDO FALCO**, 18 de Julio, 114

BUENOS AIRES: BERNET Y FALCO, CORRIENTES, 641

Sarnífugo Nicotina Americana

“LA CABAÑA”

GARRAPATICIDA SIN RIVAL

Remedio eficaz, barato y de resultados insuperables para la cura de la **SARNA** y la **GARRAPATA**.

Aprobado y autorizada su venta por el Ministerio de Agricultura de la República Argentina.

NO MANCHA LA LANA

Precios y muestras gratis para ensayos, en su depósito general:

DROGUERIA DEL INDIÓ — ARMANDO FALCO

18 DE JULIO, 114 — MONTEVIDEO

EL FOGÓN

PERIÓDICO CRIOLLO ILUSTRADO—ÚNICO EN SU GÉNERO

DIRECTOR:

ALCIDES DE-MARÍA

Fundado el año 1893

ADMINISTRADOR:

ENRIQUE DE-MARÍA

COLABORADORES LITERARIOS

Dr. Elías Regules, Dr. Martiniano Leguizamón, Ricardo Palma, Francisco Pisano, Guzmán Papini y Zás, Enrique De-María, Dr. Manuel Cacheiro, Sra. Dorila Castell de Orosco, Vicente Rosal, Antonio D. Lussich, Stas. Aura De-María, Ernestina Méndez Reissig, Mercedes Pujato Crespo, Antonina de Medina y Jacinta Rey Azopardo, José A. y Trelles, Juan S. Escayola, Ramón Marín, Godofredo Daireaux, Luis Martínez Marcos, Pedro Erasmo Calloré, Sergio Bermúdez, Anibal Durán, Orosmán Moratorio, Leandro C. Arrarle Victoria y Domingo V. Lombardi.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA REPÚBLICA		EN LA ARGENTINA	
Por mes	\$ 0.50	Por mes	\$ 1.00
Por año	» 5.00	Por año	» 10.00
Número suelto	» 0.14	Número suelto	» 0.25

La tragedia del Chaná

I

El isleño hizo virar la canoa, remó un poco todavía y atracó por fin en el muelle de don Ramón, cuyo rancho de paja y madera se erguía tristemente entre los juncos y sauces de la orilla izquierda.

—Buenas tardes, María,—dijo, acenutando este nombre, á una mujer joven y simpática que salió á ver quién llegaba;—vengo á pedirle á Larguía el rifle, porque tengo que cruzar el Chaná esta noche cuando vuelva, y ya sabe usted lo peligroso que es el paso, por la aglomeración de camalotes y los jaguares del bosque.

—Ramón vendrá pronto, porque ha ido á leñar esta mañana y tiene que venir á comer. Puede esperarlo un momento, pues él se llevó el rifle.

Después de contestar, la joven desapareció rápidamente detrás de la puerta, y el recién llegado quedó de pie en la orilla, murmurando entre dientes:

—¡Imbécil! ¡Casarse con un tonto como Larguía, desechando mis promesas! Ya se ve que teme mi presencia y no sin razón, porque cuando yo me propongo hacérmela pagar, lo cumplo, pese al diablo...

—Hola, ¿qué bronca has tenido para rechinar tanto, Jacinto?—dijo á sus espaldas un joven de bello aspecto, que acababa de saltar á tierra.

Jacinto se mordió los labios, lo cual fué notado por su interlocutor.

—¡Vamos! ¡parece que me guardas rencor aun; déjate de pensar en esas cosas que pasaron! Y diciendo esto, tomó el rifle que había dejado en la canoa mientras la ataba, y se acercó á dar la mano á Jacinto.

Recién entonces se atrevió éste á hablarle.

—Vengo á pedirle que me preste el rifle, porque voy por el Chaná; y hay fieras.

—Para eso venías. ¡Toma! Tal vez tenga que pasar por allí esta noche, pero tengo un buen revólver. ¿No necesitas nada más?... ¡Con que hasta la vista y feliz viaje! ¡Y que te olvides de nuestros trances, Jacinto!

—¡Gracias y hasta la vuelta!—contestó secamente el isleño que, tomando el rifle, desató la canoa, y en cinco paladas desapareció en un recodo del canal...

—¿Has visto, María,—le decía poco después Larguía á su esposa,—cómo me odia aún Jacinto? Hoy me ha pedido el rifle porque va por el Chaná, y yo se lo he prestado. Quiero que vea claro que no tiene por qué enojarse conmigo.

—Ramón, tienes que hacerme el favor de no hablar á solas con ese hombre. Me causa inquietud su compañía.

—¡Tú siempre con eso! ¿Qué me puede hacer un miedoso como él, cuan-

do no ignora que tengo revólver que carga seis balas? Y á propósito de revólver, lo voy á preparar porque esta noche iremos á lo de don Pedro García. Me ha invitado y no podemos faltar...

II

La «Chacha» bajaba ligera la corriente. El á ratos, con un golpe de remo, la impelia; ella, recostada á popa, cubierta de un blanco traje, manejaba el timón.

—¡Suerte que sólo nos quedan veinte minutos, porque empieza á encapotarse el cielo y no traje la linterna, confiado en la buena luna!—observó Larguía mirando los pesados nubarrones que invadían rápidamente el espacio. A los dos ó tres minutos, cuando todo había oscurecido, doblaban por el Chaná.

La luz de relámpagos intermitentes alumbraba algo el rumbo, descubriendo multitud de camalotes, llegados del gran Paraná con las crecientes, que se aglomeraban á ambas orillas.

Tronaba la tormenta y los relámpagos se multiplicaban por momentos.

De pronto, entre dos relámpagos, se oyó un ruido sordo; la «Chacha» hundió su proa en el agua un momento, se oyó otro golpe como de algo que caía en la corriente, y la «Chacha» volvió á equilibrarse.

María lanzó un grito de espanto y cayó desvanecida en el piso de la canoa. Al relampaguear, había visto un cuerpo agitarse entre las ondas, la «Chacha» vacía, y en seguida en otra canoa, con la cual había chocado en la obscuridad, la silueta sarcástica de Jacinto Huxley, con los brazos cruzados desdinosamente sobre el pecho.

En la calma del viento ni una hoja se movía en la espesura de las riberas que ladeaban el Chaná, ancho no más de diez metros.

Los relámpagos, ahora con rápidos intervalos, iluminaban la noche, y Huxley pudo ver la feroz escena que se desarrollaba en los camalotes. Allí, junto á él, á lo largo del bote, el cuerpo envuelto en blanco traje, de la joven María, un poco cerca ya de la orilla, casi desvanecido, por el inesperado choque; Ramón luchando con el agua, y encima de la barranca y entre las

hebras del zauzal, los dos ojos de fuego de un jaguar en acecho.

Huxley, cruel, imparable, irónico, miraba aquella lucha, ó aquel festín. Durante tres minutos largos, la infeliz víctima pudo ver, en mitad de la corriente, erguido, el genio del mal, como una corona de relámpagos, hasta que Ramón expiró, destrozado el cráneo por las garras de la fiera.

Y Huxley miraba entonces la canoa con un aire sacrilego de victoria. Había extendido los brazos hacia la infeliz viuda, cuya luna de miel sellaba el infortunio y el crimen, para transbordar su cuerpo inmaculado á su bote y huir entre las sombras, como ladrón de vidas, inocencias y felicidades.

Pero Dios no le dió tiempo. Un abrazo frío y mortal le desgarró el pecho; su canoa volcó al golpe de un camalote que traía la corriente, y, entre los anillos de una víbora de la Cruz, recién llegada del Chaco, cayó cadáver en el Chaná!...

Y aguas abajo iban dos bultos misteriosos, uno tras otro; adelante el cuerpo frío de Huxley, atrás la canoa del desgraciado Ramón, con el cuerpo inmaculado de la pobre María...

¡Acaso aquella noche la tormenta manejó el timón de la canoa, rumbo de la Eternidad!

v. c.

Como eres tú

Blanca es la nube que el espacio riega,
Blanca es la luna sobre el cielo azul,
Blanca es la névea transparente estela
Como eres tú.

Blondo es el mar en agitadas ondas,
Blondo el encaje de liviano tul,
Blondo es el musgo en las quebradas hondas
Como eres tú.

Rubio es el líquen en la andina sierra,
Rubio el destello de temprana luz,
Rubia es la mies de la fecunda tierra,
Como eres tú.

Blanca es la nube que el espacio riega,
Blondo el encaje de liviano tul,
Rubio es el musgo en la región do hielas,
Como eres tú.

Rimafuerte.



Una criollaza reunión
de pura gente campera,
gente buena, de *pa juera*,
que cae á una diversión.

Que pingos! temeridá;
y habrá corrida, á la fija,
de carreras ó sortija
al uso de por acá.

Glosa

«Aquí me pongo á cantar
Al compás de la vihuela
Que al hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria
Como el ave solitaria
Con el cantar se consuela.»

(«Martín Fierro» por Hernández).

De barro, paja y totora
Es del gaucho la morada
Con una fresca enramada
Del viento susurradora,
Donde el asado se dora
Y llega el gaucho á encordar
Su guitarra que al templar
Con voz que gemidos da
El nos dice desde allá:
Aquí me pongo á cantar.

El gaucho siente la rima
Del viento suave que sopla,
Y ya compone su copla
Como mejor él estima,
Modulando con la prima
Ese susurro que vuela
Que entre los pastos se cuele
Con armonioso tesón
Y así va su inspiración
Al compás de la vihuela.

En las noches tenebrosas
A solas con su conciencia,
Con esa pequeña ciencia
De creencias supersticiosas,
Ve visiones pavorosas
Con ojos como candela,
Entonces él con cautela,
Hace sonar la guitarra
Y el corazón le desgarrá
...Al hombre que lo desvela.

Dominado por la dura
Agitación en que vive,
Su mente sólo concibe
Quejas de triste amargura;
Ha perdido su ventura
Al dejar la guerra diaria,

Con indios, hereditaria
Que hasta su mujer perdió...
Y por olvidar cantó
Una pena extraordinaria.

Sus enechas larga al viento,
Su vista clava en los cielos,
Demandando los consuelos
De su justo sentimiento,—
A todo dió cumplimiento,
Mas ya su suerte contraria
Le demuestra lo falsaria
Que fué la ley para el pobre,
Y canta sin que le sobre
Como el ave solitaria.

Nadie comprende su pena,
Tratado como salvaje
El vivió bajo el ramaje
Siempre la frente serena,
Y con el alma tan llena
Del amor de otra gemela
Que al perderla siempre vela
Su alma que triste llora,
Y que tan sólo á deshora
Con el cantar se consuela.

Rimagueña.

A. J. D.

Chivilcoy.

Importantísimo

Se hace saber á los señores suscriptores y agentes de **El Fogón**, que, antes de finalizar el corriente año, se repartirá un **Número Almanaque Criollo** con que la empresa de este periódico obsequia á sus numerosos favorecedores.

Figurarán en dicho número extraordinario, composiciones literarias y artísticas de las mejores firmas del Río de la Plata.

Precio del ejemplar, para los que no sean suscriptores á **El Fogón**, 30 centésimos



Trabajando con esmero
 con florecillas del campo
 de rojo, violeta y blanco
 van adornando el sombrero:
 de cuando en cuando un jilguero
 entre las flores gorjea,
 y aunque su canto recrea
 y aunque zumba alguna abeja
 no distraen á la pareja
 de su inocente tarea.

Para ellos el mundo es eso,
 primer ensueño de amor,
 y en colocar cada flor
 ponen todo su embeleso;
 no se acuerdan del regreso
 hasta que declina el día,
 y entonces con alegría
 retornan por el sendero
 llevando ella su sombrero
 con cierta coquetería.

Humorísticas



Dicen que la suerte engaña
hasta en los « pares ó nones »,
y hay suerte hasta en los ladrones
cuando saben darse maña,
por eso ya no se extraña
que haya tantas picardías
aunque nuestras policías
suelan dar con el bribón,
salvo una que otra excepción
cuando roba joyerías.

Un obrero que sudaba
trabajando sin descanso,
contemplando un perro manso
que satisfecho roncaba,
exclamó: ¡ dichoso perro!
eres más feliz que yo;
pero luego que advirtió
una cadena de fierro
que pendía del collar,
dijo: lindo es engordar,
mas, aunque me causa pena
el sudar como yo sudo,
vale más trabajo rudo
que engordar en la cadena

Hablaban en la tribuna
sobre la pena de muerte,
un pobre sabio sin suerte
y un burro de gran fortuna;
y observando el erudito
que á su discurso elocuente
sólo lo aplaudía la gente
con alguno que otro grito,
mientras que con el afán
de serviles, al patán
hasta le gritaban bravo!
dijo: oh suerte! suerte ingrata,

vale más burro con plata
que sabio sin un centavo.

Preguntaba un tal Correa:
— Dígame, don Cayetano,
¿ usted como buen cristiano
es muy probable que sea
partidario del consorcio?
— Claro; y hasta la evidencia...
para cuando esté en vigencia
la ley.

— Qué ley?
— Del divorcio.

Un sabio deseaba
El vacío encontrar, y noche y día
Sin tregua se afanaba
Por calmar su porfía,
Hasta que al fin, pasados muchos años
Después de mil amargos desengaños
Hallóle por un medio muy sencillo:
Metiéndose la mano en el bolsillo.

Aquello que en manera y en talante
Parece mono, y en hablar un loco,
Maniquí en el vestir extravagante,
¿ Es acaso un muñeco? ¡ Poco á poco!
Eso, señor, se llama « un elegante ».

Un gorrero era este tal,
Y aunque todo el mundo corras
No hallarás otro mortal
Más amante de las « gorras ».

Al ver sus obras no dudo
Que es un sabio don Ernesto,
Veinte libros ha compuesto...
Con hilo, cartón y engrudo.

Cantaba en la guitarra
un viudo trasnochado: aunque me hunda
lo que es mujer segunda
ni con bolas me agarra;
y una vieja al cirlo sonreía
y á su hija le decía:
cuando ames, Esperanza, ten presente
que lo hermoso del hombre está en la frente.

Mi casa es un infierno con mi suegra,
le contaba un casado
á un viejo amigo; — créame,
paso la pena negra;
¡ mi suegra es una arpía!
y el viejo socarrón le repetía:
Hombre, no temas al infierno tanto,
que casándose el hombre se hace santo.

Dios me dé buena suerte (don Facundo decía sin cesar) que en este mundo dá al diablo el hombre su existencia entera y le dedica á Dios la hora postrera.

— Digame, don Sisebute; usted que es tan entendido: ¿la política da fruto?
— Es sabido;
pero según se maneje;

tiene un eje sobre que gira la rueda.
— ¿Y usted piensa que yo pueda?...
— ¿Hacerla girar?... ¡es claro!
y hasta llegar á ser rico.
— ¿Con?...
— Con jarabe de pico, adulación y descaro.

Calisto el Nato y Compañía.

Diciembre, 1906.



Como llega
Noche Buena
y no hay pena
que llorar,
otra papa
la Criolla
á la olla
le ha de echar.

Son los mismos
¡que recreo!
del rodeo
del galpón,
y habrá cena
y habrá farra
con guitarra
y cimarrón.

Y en la vieja
pulperia
su alegría
mostrarán
en un truco
de mentiras
sostenidas
con afán.

Violetas

Mientras en mi alma tu mirada pura
Cual sol esté grabada,
Mientras tu acento rítmico yo escuche
Cual mágica palabra;

Mientras tus labios me sonrían amantes
Un mundo de esperanzas,
Como una aurora de fulgentes luces
Alumbrara los sueños de mi alma.

Mientras del cielo las estrellas brillen
Con chispas argentadas,
Mientras el sol caliente el Universo
Con su amorosa llama,

Mientras la luz sea luz y mi estro exista
Y viva mi pobre arpa,
Te cantaré mi amor, porque es mi vida,
Y en mi existencia dicha y venturanza.

María Torres Fria.

Lean, que interesa

Con el título «La avicultura al alcance de todos», nuestro inteligente y laborioso compatriota don J. A. Smith ha publicado un libro con el cual puede cualquiera aprender en pocos días las nociones prácticas necesarias para la incubación y crianza racional de aves, y cultivar una industria que con dedicación, un pequeño terreno y un capital de *cien pesos*, puede proporcionar el medio de vivir con relativa holgura.

Se vende por precio insignificante en la casa «Veritas» de Smith y C.^a, Montevideo, y recomendamos su adquisición á los amantes de lo útil.



De «Cabeza de oro»

El libro de Horacio O. Maldonado, editado en esta capital por Antonio A. Díaz y C.^a y que lleva el título de estas líneas, adolece, á nuestro juicio, de algunas deficiencias, apreciado como novela, pero es indudable que su autor tiene dotes de artista para hacer destacar magistralmente sus personajes, como el protagonista, Montaña, de que proviene el título original de la obra, por el color del cabello y tal vez por su inteligencia; Catita, la novia del bohemio Tito Beltrán, y el doctor Romanes, político de profesión que sufre un gran desencanto y que, á nuestro parecer, es la figura más atrayente del libro.

Por tal motivo y por el fondo de moral que encierran, transcribimos los siguientes párrafos que á dicho personaje se refieren, y recomendamos la adquisición del libro á los amantes de la buena lectura.

«Romanes cerró las ventanillas del coche, después de haber dicho al cochero por segunda vez que continuara por la calle 18 de Julio. El carruaje rodaba velozmente; llegó á la plaza Libertad, dobló á la derecha y siguió luego rectamente. El cochero se dió vuelta.

—¿Hasta dónde, señor?

—Siga no más, siga. ¡Más adelante!

—gritó una voz ronca desde el interior del coche.

Había recorrido ya el coche muchísimas cuadras, y rodaba velozmente.

—¿Por aquí, señor?

Una mano abrió la portezuela.

—Hasta fuera de la ciudad, y por donde usted quiera!

Cerraron otra vez la portezuela. Dentro del coche pasaba algo. Romanes estaba hecho un ovillo y tiritaba; lágrimas ardientes se escapaban de sus ojos, y en una de sus manos apretaba un objeto.

—¡No, todavía no, por aquí no!... se decía con una voz sumamente temblorosa.

Levantó la mano y contempló el ob-

jeto. Era un revólver, nuevo, flamante, de mucho brillo.

—¡Señor, ya estamos muy lejos!— gritaron desde el pescante.

—¡Más, más lejos!— suplicó él.

Encogióse más aún, envuelto en un sobretodo grueso, cuyo cuello le tapaba parte del rostro. No miraba para afuera; tenía fijos los ojos en la mano que apretaba el arma, y las lágrimas caían lentamente sobre las rodillas, en gotas grandes y pesadas.

—No; debo esperar un poquito más... Por aquí no es bueno matarse...

—¿Todavía, señor? preguntaron desde el pescante.

—Pare un poco aquí...— contestaron débilmente de adentro.

El coche se detuvo; el paisaje era soberbio. Ya el sol naciente irradiaba triunfante su luz, y el cielo ostentaba un azul límpido. El frío disminuía; el aire besaba más tibiamente. Hacia el oriente distinguíanse un trozo negro de tierra y un arado que iba abriendo surcos. Romanes asomó la cabeza por la ventanilla del coche. Ya no lloraba, y tenía libres las dos manos. Miró hacia donde brillaba el sol, vió la mancha negra y el arado, y nuevamente recordó su infancia. Entrábase en los pulmones aire tibio, y sentía un dulce consuelo. El trozo de tierra que el arado recorría, acariciaba inefablemente sus ojos. Más allá distinguió luego una casita blanca, sencilla y solitaria. Pensó en Manuela y se miró las manos.

—¡Ah, yo deb'a trabajar! ¿Por qué no? ¿Por qué no comenzar una vida nueva? ¿Para qué matarse?

Jadeaba levemente su pecho, como si escuchara risueña revelación.

—¡Pobrecitos! ¡Pobre mi Manuela! ¡Y yo que pensaba matarme sin haber hecho nada de bueno en mi vida! ¡Qué locura!

Sacó la cabeza hacia afuera todo lo que pudo.

—¡Sí, sí! ¡Es preciso vivir, y vivir como se debe vivir! Cochero—gritó—

volvamos al centro de la ciudad. ¡Despacito ahora!

Dos horas después, el cochero, que había detenido su coche en la Plaza Independencia, refunfuñaba:

—No me ha pagado mucho... pero me encontré dentro del coche este revólver nuevecito, que no pienso devolverlo.

XV

Todo ese día se lo pasó Romanes visitando á los pocos amigos que le quedaban. Manuela le estuvo esperando llena de congojas, rodeada de sus hijos, los cuales no cesaban de preguntarle por el padre.

—¡Te estuve esperando todo el día, Julio! ¿No tienes compasión de mí? ¡Entras tan tranquilo!

El la apretó entre sus brazos.

—¡Vamos á ser felices, Manuela!

—Si seguimos como ahora...

—Déjame hablar. Mañana compro un campito con un dinero que me ha prestado un generoso amigo. Nos vamos á vivir en él, Manuela, y renuncio á mi título de abogado y á mis arterias políticas. ¿Ves estas manos? Hasta ahora estuvieron inactivas; pero desde mañana comenzarán á encallecerse. ¡Te lo juro, Manuela!

—¡Oh, Julio mío!

—Sí, Manuela. Seremos felices; verás. Comenzará una vida nueva para mí ¡y qué vida! Bésame no más: mi frente se ha purificado.

Viéronse rodeados de sus cinco hijos. Romanes se arrodilló apoyó las manos sobre el suelo é hizo que los cinco se preparan sobre él.

Manuela sonreía.

XVIII

Muchos eran los comentarios que se hacía la gente, leyendo un artículo aparecido en el diario *La Luz*, de que era redactor Eulogio Montaña.

El artículo se titulaba «Cual nuevo Cincinato». He aquí sus principales párrafos:

«Parece mentira, pero es verdad. Julio Romanes, abogado y político de nombre, que hasta hace poco se hacía notar por su actividad en materia de luchas electorales, ha sido sorprendido en un campo, no muy lejos de Montevideo, azuzando un par

» de bueyes que arrastraban de un arado. ¿Quién lo diría? El hecho es cierto, innegable, indiscutible. Vayan nuestros lectores al pueblito San Ramón y se convencerán de lo que afirmamos. Creen algunos que Romanes se ha vuelto loco. Nosotros no lo creemos; creemos, por el contrario, que nunca ha estado en mejor sano juicio que ahora. Loco era cuando andaba navegando por el mar de la política, lleno de ilusiones, sin notar que la tempestad estaba á punto de desencadenarse... Loco era entonces, y bien loco. Pero ahora... Ahora, si quieren explicar las grandes acciones como extravíos, el doctor Romanes será un loco sublime. ¡Bendita locura!

Postales



Tanto tienes...

—¿Quién es él? ¿Quién es ella? ¿Es rica? ¿Es pobre?
—¿Que son pobres me dices? ¡Mala suerte!
—¡Pero él es un talento, ella es virtuosa!
—¿Y qué importan talentos y virtudes?
Si no traen oro, que es lo que conviene?

Es así que dialogan los humanos
Porque es así como se piensa y siente:
Ninguno vale sólo porque vale,
Porque vale, no más, por lo que tiene!

De lo que río

¡Oh necia humanidad, yo te saludo!
Y aunque soy un mendigo
No envidio tus grandezas ni tus glorias
Porque de ti, me río.

Me río porque sé que no perdona
De mi pobreza el bárbaro delito;
¡Tú la proletaria miserable,
La oscura proletaria del sentido!

Solano Ramos Nobilía.

IMPORTANTÍSIMO

Próximamente se sorteará UNA GRAN RIFA EXTRAORDINARIA como prima á los suscriptores de EL FOGÓN.

Oportunamente se darán más detalles y se publicarán fotografías de los dos magníficos primeros premios.

Pico á pico



—¿Y qué tal, indio Jesús?
 —Ya lo ve, misia Mi'áila,
 entoavía ando con toda
 la paletilla ladiada!...
 —¿Pero estuyo muy enfermo?
 —La cosa jué muy fieraza...
 porque esta ocasión, señora,
 se me dueblaron las tabas,
 se me reditió el mondongo
 y se me agú la cuajada!...
 —Son consecuencias del tiempo,
 de estas variaciones rápidas...
 —Claro; hoy calor que redite,
 luego un frío que abatata!...
 —¿Y qué doctor lo curó?
 —Los dotores no me agarran...
 soy arisco pa esas gentes
 y les juyo á sus carniadas.
 —¿Pero álguien lo curó á usté?...
 —Jué una señora... una *dama*,
 como le dicen ustedes
 en su lengua aristocrata!
 —¿Conque una dama?... ¡Magnífico!...
 —Una chinonga simpática,
 que además de güena moza
 es curandera de fama!
 —Me esplico perfectamente
 porque viste usté de gala
 y al último figurín,
 y... hasta se deja la barba!...
 —¡Al árbol de más raíces
 lo lleva la correntada!...
 pero, pa mí, la gran moda
 es el poncho y la bombacha.
 —¡Qué don Jesús!... ¡Quién diría
 que un paisano de su *laya*
 sólo por una mujer
 tan fácilmente cambiara!...
 —Es que esa mujer, señora,

me ha levantaó de la cama,
 me ha remendaó la osamenta,
 me ha limpiaó, sin repunancia,
 el mondongo y chinchulines,
 me ha hecho de todo, y de ñapa...
 dió por pagada su cuenta
 con los besos que le daba;
 y eso... si no se agradece
 es que no se tiene entrañas!...
 —¡Caramba con la señora!...
 ¿Hasta besitos?... ¡Caramba!...
 —Los besos los daba yo...
 —Sí, comprendo... ¿Y qué fulana
 le ha curado á usté á ese precio?
 —Ya le he dicho que una *dama*...
 —Está bien; ¿pero su nombre?...
 —Es Juanita.
 —¡Vaya!... ¡Vaya!...
 ¿Con que Juanita?...

La mesma:

una trigüeñita pálida,
 de esas que no son gediondas
 ni patean á la larga!
 —¿Con que su dama es Juanita?...
 —Ansina mesmo se llama:
 dama Juanita; pero es...
damajuanita... de... caña!
 —¡Cómo!... ¡Se curó con eso!...
 —¡Es claro, con *damajuana*!...
 —Yo créí que era una mujer...
 —¡Y es mujer... y paraguaya!...

Indio Jesús.

Anhelos

Yo quisiera perenne recuerdo
 Dejar de mis sueños en letra imborrable,
 Como deja sus mármoles Fidias
 Sus versos Homero, sus cuadros Velázquez.

Yo quisiera dejar luminosa
 Estela, cual deja la rápida nave,
 Ó el reguero de luz de la estrella
 Que surge en la noche, soberbia y radiante.

Yo quería dejar en mi paso
 De dulce violeta la esencia suave,
 Algo en fin que recuerde que un día
 También de la vida pisé los umbrales.

Pero hay algo que apaga el destello,
 Que encierra las fuerzas en muro insalvable,
 Y convierte en absurdas quimeras
 Celestes deseos y sueños radiantes.

Á luchar, corazón! ¿no presentes
 La voz que te alienta y dice: un instante
 Llegará en que tus ansias eternas
 Y vagas quimeras, serán realidades?

Pedro de Armengol.

La Virgen de Ibá

Leyenda paraguaya

Allá en esa tierra bellísima de poesía, no lejos de Pirayú, villorrio pintoresco de los michos que interrumpen la carrera del tren, levántase á un kilómetro de distancia un gallardo cerro, en cuya copa verdinegra yace oculto entre el follaje de su espléndida vegetación un hondo foso de piedra, que la tradición ha hecho de su abismo todo un poema de culto patriotismo.

Era en el año de 1811, inmortal; ya cundida la tea revolucionaria que encendiera nuestro apóstol y cruzado el general Belgrano, surgía el Paraguay á la vida de los pueblos libres.

Un caballero español y una joven criolla mantenían á la sazón recíproca estimación. Por la ternura y delicadeza de sus afectos, ambos podrían simbolizar el eco profético de la Sibila anunciando las afinidades de sus razas vigorosas para seleccionarse en el tipo de una nueva especie que, llevando el baño saludable de corrientes europeas, un día estaría en la colección de robustos pueblos de la humanidad.

Nuestro mancebo podría tener la ardiente intrepidez y la hidalguía de su nación civilizadora; la indiana paraguaya un conjunto perfecto de vigor y frescura guaraníticos en beso con las bellezas y refinamientos de la raza blanca.

Todas las tardes, á la hora del ocaso, paseaba esa interesante pareja por las

faldas del poético cerro Pirayú, de donde se divisa la Cordillera de los Altos, destacada en la ribera opuesta



de la cristalina laguna Ipacarái. Las selvas, eternamente gemidoras, habían repetido sus idílicos coloquios, y las perspectivas del horizonte azul de las montañas mil veces reprodujeron sus cuadros tiernísimos de ilusión.

Una tarde de esas del poema, el joven amigo confió á su compañera una secreta conspiración que tramaban entonces los españoles para recobrar nuevamente su dominio. Alternados sentimientos arden en el corazón de nuestra virgen de la leyenda; nerviosa, llena

de emociones extrañas, parecía recibir en ese instante, de un clamor lejano, la unción sagrada de sacerdotisa de la libertad. Como protesta de santo amor á la patria, decidióse al fin á castigar la osadía de quienes así la burlaban traidoramente. Corrió á la Asunción y puso en manos de la Junta de Gobierno Popular todos los hilos de la trama que se urdía, salvando con este sublime heroísmo de caer otra vez en la servidumbre. Regresa á su cerro favorito á completar su venganza, que ahora era el sacrificio de su primer amor.

Invita á su galán á repetir el paseo vespertino; mejor que nunca, la joven paraguaya hechizaba con su negra y larga cabellera y su vestido blanco, dorado por el sol del horizonte, en contraste de los árboles de la falda! «Mirad allá las cumbres azules de la Cordillera y más arriba esas nubes que les ofrecen guirnaldas de plata» — exclamaba la espléndida imagen de la libertad... «¡Cómo el astro vierte su lumbré de rosa en esta hora!... enseñándonos el emblema de mi patria!... ¿lo veis? Son los colores de su bandera».

El joven español no acertaba á comprender su éxtasis, y seguía en lontananza su mirada, contemplando efectivamente, al ponerse el sol en la larga Cordillera, una visión de magníficos colores.

Luego la virgen seductora continuó:

«Mueran los traidores que intenten maniatarla; mi patria me manda vengarlos y yo la obedezco». Y acompañando á su grito de altivez un violento empuje hacia el hondo foso, hizo rodar al amante sobre su abismo. Inmediatamente hincó su torneado brazo con aguada espina, y grabando con su sangre estas palabras en una hoja de papel clavada arriba de un madero, se lanzó también, dando tumba común á sus amores. El sol muere siempre sobre los Altos desplegando la bandera tricolor, y el cerro de la leyenda en su copa verdinegra canta el poema con plañideras notas en la hora del crepúsculo.

F. S. Cavia.

Carta,

Ó fragmento de carta, —
Que escribió ayer un paisano
A Serapio, amigo suyo,
Sobre el juego en estos pagos:

«Como yaguané, aparcerero,
El juego aquí se ha arraigado;
Todo el mundo se desvive
Por agarrar un barato;
Y el que no sepa *orejear*
Si juega al truco de gallo,
Merece que lo estaquen,
Le dén patente de *otario*,
Le pongan chapa en la puerta
Y me lo soben á palos.

«Unos juegan á los naipes
Y otros al casin de cuatro;
Aguéllos le dan al *pockar*
Y han inventado los diablos
El juego de las apuestas
Para engatuzar los pavos.

«Las riñas ya no hacen liga,
Y la taba y los caballos,
Con esta nueva monada
Hoy se nos pasan por alto;
Y en el desbando, aparcerero,
Han caído los tigres bravos,
Empezando por Flaqué,
Troncoso, Maciel y Pardo,
Que sabían girar la taba
Con una leche de sapa.

«Hoy, como digo, compadre,
Esos tiempos han cambiado,
Se juegan á las enquetas
A las apuestas y pálpitos,
Y á unas cuantas baratijas
Que están entrando en el aro;
Pero el juego capital
Que es por ahora muy mentado,
Que vá tomando una fama
Más superior que el mús chanchito,
Es el jueguito del *queso*
Que tiene más candidaturas
Que abejas una colmena
Y que pelos un guanaco.

«Todo el mundo se rasguña
Por atrapar el bocado,
Que por ser tan mantecoso
Está hirviendo de gusanos
Pero que en el fondo vale
Por veinte trucos de gallo,
Y se consigue muy pronto
Con *orejear* sin reparo.

El gaucho

Trágicamente bello allá va á perderse en el páramo infecundo del olvido, soportando en sus espaldas, cual un nuevo Atlas, un mundo de ingratinidades y desengaños; allá va huyendo de la baba del desprecio y llevando en el alma ensueños de poeta, en el corazón los dolores de un paria y sobre su frente reflejos de intensas tristezas y nostalgias profundas; allá va hosco y mudo, como el implacable destino que lo marcó en las páginas de bronce de su libro con el sello sangriento de los desdichados; allá va...

En verdad: aquel gaucho noble, leal y generoso ya no existe, pues desapareció en la noche del pasado, ante el empuje del *malón* incontrastable del progreso que derribó su rancho para sembrar sus despojos por los ámbitos de la pampa inmensa.

Ya no rasgará el silencio augusto de los llanos con las vibraciones de la guitarra que acompañó su voz fresca, varonil y dulce; ya no cruzará en su corcel la soledad de las pampas; ya no irá á cantarles á la dueña de su alma sus *compuestos* amorosos y ya no se le verá bajo el alero de su rancho, porque huyó á donde huye todo lo que pasa, dejando tras sí como una penumbra de lamentos y pesares.

Porque fué pobre se le arrojó: no se le miró porque fué un paria y porque la desgracia persiguiólo constantemente marcáronle con el estigma sangriento del criminal, y sin embargo él había combatido contra el opresor de su tierra: él había dado una patria libre á los que sacó del légamo del despotismo para ponerlos en la senda de la historia.

Bajo el peso del sarcasmo y de la ingratinidad marchó ese desdichado al

rancho donde tan feliz y tranquilo viviera en torno de su familia hasta el instante fatal del adiós de su partida. No fué ese hogar apacible el que entonces encontró: en vez del bullicio y de la antigua alegría, halló el silencio y la tristeza: en vez del rancho un montón de ruinas, en las ruinas una cruz, en la cruz un nombre querido y en el nombre el compendio de todo su amor, todo su encanto, toda su vida.

Como una imagen del dolor siguió huyendo más y más. Errabundo y perseguido vagó por las pampas. Más de una vez, á la sombra melancólica de un ombú, sentóse para llorar cantando su dicha primera y traer á la memoria el recuerdo de su tierna amiga y el



de sus hijos á quienes arrebató el cierzo crudo de su suerte.

Allá en la soledad inmensa de las llanas no halló la calma que ansiaba para su espíritu desgarrado. Un día fué arrancado de ese rincón hospitalario y conducido á las fronteras donde le esperaban: el destino más cruel, los más injustos castigos y los dolores más terribles.

Nuevamente tornó á ser el soldado, pero no el soldado defensor de aquella causa tan justa como grande que despertó su corazón á las ansias de la gloria: fué el soldado que de nuevo marchó á la lucha bajo el golpe cobarde del acero de sus estúpidos mandones.

Nostalgia

Después de haber apurado las ansias de un Tántalo caído y los dolores de un Prometeo encadenado, sucumbió sobre las soleadas arenas de la pampa, bajo la chuzca sangrienta del indio, después de haberse batido con el valor viril de un titán.

Aunque se condensen más y más las sombras del pasado y aunque el tiempo más y más se aleje en su eterna carrera, siguiendo su ley inevitable, no puede nunca borrarse el recuerdo de los primeros héroes de un pueblo. El recuerdo de Eneas y de sus dárdanos tendrá que revivir en Virgilio; el de Aquiles en Homero; el de Prometeo en la mente del linaje humano, y así como los recuerdos de Prometeo, de Aquiles, de Eneas y el de tantos otros más, cuyo número es infinito, brillan en las generaciones futuras, también el recuerdo del hijo genuino de mi tierra tendrá que lucir en la noche de los tiempos con mayores brillos cuanto más lejano, como un astro luce con mayores radiaciones cuanto más y más profundas son las tinieblas que lo envuelven. Entonces aquel proscrito en su misma patria, aquel paria de los llanos y aquel náufrago del piélago de la civilización no será el náufrago, el paria y el proscrito, sino el símbolo de lo grande, lo noble, lo leal y lo honrado. Su recuerdo revivirá en la literatura nacional con el perfume agreste de las pampas, con el matiz risueño de sus auroras, con la frescura de sus noches, llenas de misterios, de músicas y de auras, y con la grandeza soberbia del desierto donde Natura sembró el silencio y la melancolía, acaso, para soñar á solas.

Cuando todo eso acontezca, quizás, sobre la llanura, las brisas dejarán de susurrar tristezas y no prolongará sus quejas de rencor el pampero. En el Kinnor del huracán pampeano, en la bocina de los truenos y en la guzla de las auras vibrarán himnos de mística armonía y acentos de regocijo bárbaro, porque entonces el alma errabunda del gaucho no desgranará en el ambiente gritos de pesares, sino acordes de alegría que luego corearán las auras con su guzla, los truenos con su bocina y el huracán pampeano con su Kinnor sonoro.

Juan A. Taquela.

Voz cariñosa, voz complaciente
¿dónde te oí?...
dulce mirada, mirada ardiente
¿dónde te vi?...
¿Fué en los ensueños de mi poesía?
¿Fué en el encanto de una alegría?
Boca sonriente, boca parlera,
boca aromosa, boca hechicera;
boca de mieles, rojo clavel...
si eres un sueño, morir quisiera:
si no eres sueño, ¿me sigues fiel?
Ojos rasgados, ojos endrinos,
ojos risueños, ojos ladinos,
vivos carbunclos de luz zahorí...
morir quisiera si sois divinos;
si sois humanos miradme á mí.
Sonriente boca, risueños ojos,
si sois visiones de mi añoranza,
maldigo el sueño que me dió antojos
lentos de vida, sin esperanza.
Pero si es cierto que no he soñado
si es que os he visto y os he adorado,
volved á mí,
que la nostalgia que me habéis dado
ya no es nostalgia que es frenesí.

Anuncios modernistas!

Apuntes tomados en Buenos Aires por un viajero curioso:

—Alpargatas, cuerdas y otros comestibles.

—Se hacen trajes en 5 pesos para muger de percal y vatista.

—Se azen quepis de gala demás aseos para militares. Especialidad en aspirantes.

—Se guisan conejos todos los días. Los gatos (quiere decir los gastos) por cuenta del cliente.

—Se bende un carro enganchado á la persona que lo desee.

—Hay baños para señoras y mujeres. No se admiten caballeros ni hombres.

—Alfombrería. Se arreglan viejas.

—En esta carpintería se precisa un aprendiz que menee la cola.

—Taller de sillas. Se echan asientos.

—Serruchos, clavos, tenasas, papel, sobres y otros objetos de escribir.

—Ostras frescas de Mar del Plata, premiada en la Exposición de París de 1903.

—Confesiones á la medida. Taller de modista.

Juan Bautista Cabral

Dice *La Libertad* de Corrientes sobre este humilde prócer de la Argentina:

«A pedido nuestro, el señor senador doctor Mantilla ha dado las informaciones que publicamos sobre Juan Bautista Cabral y el paradero de sus restos:

«Ante todo: Juan Bautista Cabral, granadero «montado», muerto en el combate de San Lorenzo, el 3 de Febrero de 1813, para salvar la vida del entonces coronel José de San Martín, no era sargento, ni fué ascendido después de su glorioso sacrificio: era soldado raso.

«Nació en la estancia que mi tío abuelo Luis Cabral tenía en los pagos de San José de las lagunas de Saladas, campo que fué de Casafús, conservado hoy, en parte, por la señora Tránsito Cabral de Lafuente. Era hijo legítimo de criados del mencionado Cabral, cuyo apellido usó el padre, según costumbre de la época.

«No tengo presente ahora el día y año del nacimiento. En un número de *La Gaceta* del año 1813 se publicó la filiación de Juan Bautista y la de otro correntino, de San Cosme, granadero también, herido en San Lorenzo é inválido, después, á consecuencia de la herida, que obtuvo pensión de retiro.

«Juan Bautista fué criado del amo de sus padres; era sumiso, diligente, muy activo, de constitución fuerte, alto. De mandadero y servidor de mate en su niñez, ascendió á mucamo de confianza del amo.

«Cuando el teniente-gobernador Toribio Luzuriaga hizo la leva de mediados de 1812, ordenada por el gobierno central, *Bautista* (asi se llamaba en la casa) pidió permiso á su señor «para servir á la patria». Era entonces «un morrudo mocetón», según mi tía Dolores Cabral, hija de Luis, la cual agregaba en su referencia: «Mi padre otorgó el permiso después de consultar con los padres de Bautista y de persuadirse de la resolución inquebrantable del muchacho. Se presentó voluntario al servicio militar. En la lista de los componentes de aquella leva, que existe original, figura el último *Bautista Cabral*».

«San Martín elegía personalmente en los depósitos los hombres y los ca-

ballos para su regimiento, tomando la flor de ellos, porque gozaba en eso de preferencia. El voluntario saladeño mereció ser dado de alta en «Granaderos montados.»

«Pocos meses después, Juan Bautista Cabral hizo inmortal su nombre en minutos; se sabe cómo.»

«Fué enterrado en el camposanto de San Lorenzo con los otros que murieron por la patria y contra ella, en fosa común, sin ninguna señal particular. Nadie sabe ahora, ni es posible saber, cuál es el lugar del humillísimo cementerio común de 1813, donde se hizo el entierro.»

Pensamientos

La vanidad quiere valer mucho entre los que no valen nada.

El talento se conforma con valer algo entre los que valen mucho.

—La más simpática de las preocupaciones es la de no tenerlas.

Y la más consoladora de las filosofías la de negarlas todas.

—Hay que hacer la propia reputación sin discutir la ajena, porque no se trata de negar cualidades, sino de afirmarlas.

—Es más fácil encontrar los defectos de los demás que demostrar las propias perfecciones.

—Como en la literatura el pensamiento, como en la pintura la realidad, como en la música la melodía, el fondo está en lo que trasciende y vive, no en lo que entretiene y distrae.

Por eso las artes que hacen bellas las cosas no las harían útiles por esa sola virtualidad de mejorar su aspecto.

—La gran ineficacia de la experiencia está en que casi siempre llega tarde.

—Los viejos merecen la veneración de los que han vivido mucho. Porque han sufrido mucho.

Antes se decía: «Muérete y verás». Ahora se dice: «Arruinate y verás».

—El rocío de las lágrimas germina flores sobre las tumbas.

—La sátira debe procurar la enmienda, poniendo el mal en ridículo para que el bien resplandezca sin nubes ni celajes.

—O se tiene la razón y se proclama, ó se tiene el derecho y se exige. Y cuando no se tiene el derecho ni la razón, se va á paseo el sujeto por donde no lo encuentre nadie.

—Convidar á la discusión es generalmente llamar al entorpecimiento.

—La existencia es una sucesión de pesadumbres, porque el destino del hombre es amar las cosas y perderlas.

—Los placeres más rápidos, como los dolores más cortos, son los que más apetece, porque son los que matan.

Ayer y hoy

Humilde como el voto del creyente, bendito como el ángel de mi guarda, tímido, solitario, romanesco, fe y esperanza.

Como tú, virginal y sin mancha, como yo, visionario y entusiasta, era el amor que te ofrecí, inocente como mi alma.

Ignoto, como ráfaga perdida, ardiente como lágrima callada, tórrido, desolado, borrascoso amor de paria.

Triste, como el destello de la luna, solo, como la luna solitaria, es el recuerdo de ese amor maldito como mi alma!...

Almafuerte.

Diálogo criollo

Entre la cocinera ña Remedios y la lavandera misia Liberata

REM. ¡Dichosos sean los ojos que la ven, ña [Liberata!]

LIB. ¿Cómo está, misia Remedios?
¡Usted siempre gorda y guapa!

REM. Eso va en *encarnaduras*;...
El trabajar no me enfaca,
¡y mire que la cocina
es tarca de las bárbaras!

LIB. ¡Cállese, mujer, por Dios;
usted se queja por nada!
¡Si fuera usted lavandera,
podría hablar, porque esto mata!

REM. Cada uno sabe lo suyo,...
yo no nací *pa* la hornalla
ni *pa* soplar carbonillas
ni *pa* fregar las cucharas!

LIB. ¡No se queje!...
¿Cómo no!
¡Servir... cuatro *disgraciadas*
que tengo *á*ra de patronas!...
Cuente, *misia*, ¿qué le pasa?

REM. Hija, usted bien me conoce,
yo no soy ninguna *tana*...

LIB. Sí... (*Date corte Agapita*...)

REM. Y aunque una hoy esté en *disgracia*...
y *pa* medio *dir* viviendo,...
vamos... viva de la hornalla...
no es *pa* que cuatro *guizotas*,
¡cuatro pobres provincianas!
que tienen diez pesos locos
y ya se crén millonarias,
¡me hagan *dir* hasta el *mercao*
como si fuera mucama!...

LIB. Tiene razón, ña Remedios, porque usted es merecedora de otra suerte; como, por ejemplo: de que la manden á hacer las compras á la **Gran casa de ventas á precios de remate, Zabala, 155.**

—sucesión **Montauti, sin sucursal.**

¡Ojo, mucho ojo!... Juegos de dormitorio, sala, comedor, etc., de cuanto estilo y clase pueda haber y haber habido; lámparas, alfombras, camineros, espejos, cuadros, escritorios, saliveras é infinidad de artículos.

REM. ¿Con que Zabala, 155?

LIB. ¡Y cómo le va del ojo, comadre!...

Colecciones completas

DE

“EL FOGÓN”

SE VENDEN

EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO



Señor Félix Bisleri:
A su pedido no tengo inconveniente en declarar que el Agua Mineral Nocera-Umbra es agradable al paladar y puede tener aplicación útil en algunas afecciones del estómago.

Doctor A. RICALDONI,
Montevideo, Noviembre 13 de 1900

Único concesionario

José Peretti
MONTEVIDEO



EL FOGÓN

RHUM NEGRITA



Unicos importadores:

Manuel Pérez y Compañía L^{da.}
MISIONES, 164

Unico y exclusivo corredor para la venta:

FRANCISCO A. LÚGARO